

La TIERRA MEDIA

Karen Haber
editor

John Howe
ilustrador

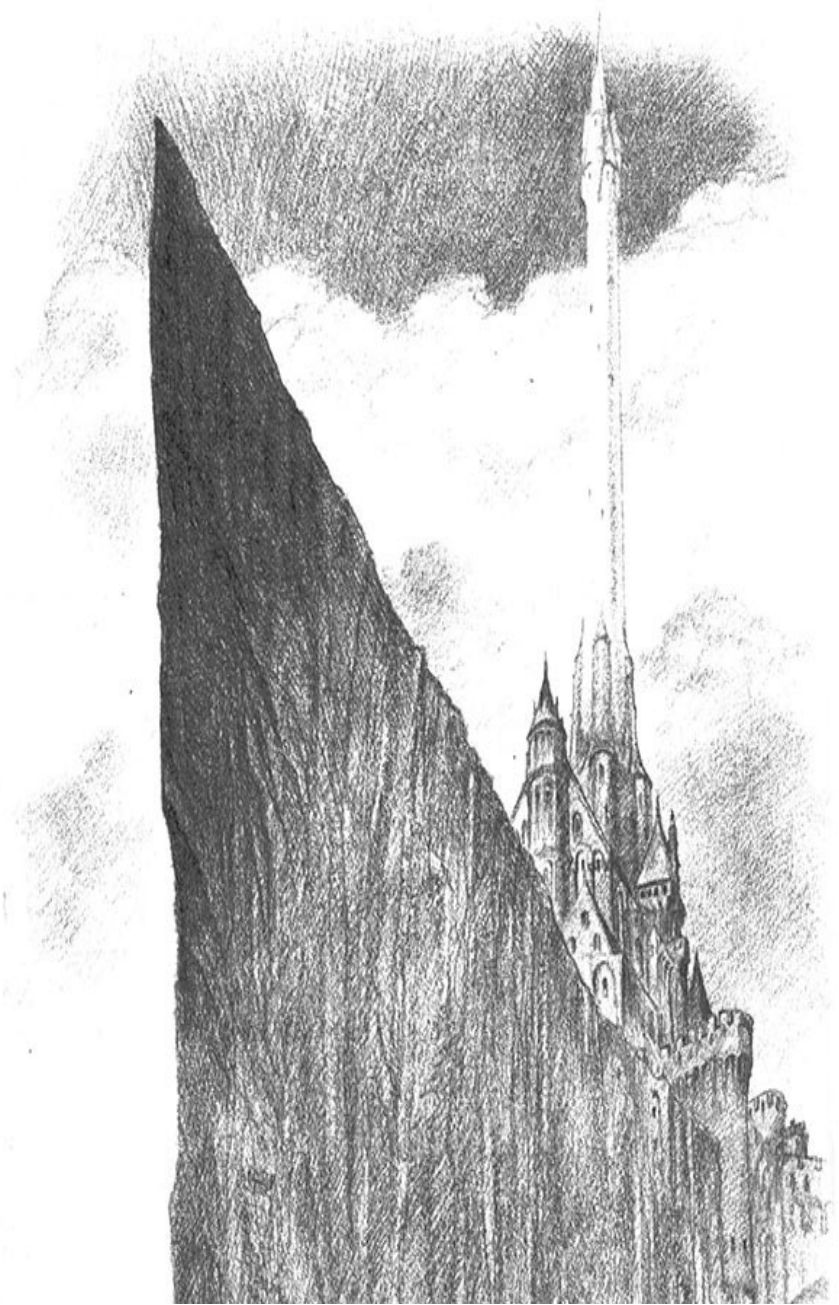
A detailed illustration of Gandalf the White from J.R.R. Tolkien's Middle-earth. He is depicted as an elderly man with a long, flowing white beard and hair, wearing a tall, pointed white wizard's hat and a long, flowing white robe. He holds a long, thin wooden staff vertically in front of him. The background is a lush, green landscape with rolling hills and dense foliage. In the lower right corner, a bright, glowing light source, possibly the sun or moon, creates a warm, golden glow. The overall style is classic and atmospheric, characteristic of John Howe's artwork for Tolkien's works.

REFLEXIONES
Y COMENTARIOS

Tolkien no sólo ha despertado la imaginación de millones de personas: también ha forjado más de una vocación literaria.

Ése es el caso de autores como Poul Anderson, Terry Pratchett, Ursula K. Le Guin, Diane Duane, Douglas A. Anderson, Orson Scott Card. Junto con otros escritores, se han animado a publicar emotivos artículos autobiográficos en que narran su primer contacto con la obra de Tolkien, evocan cuánto les marcó tanto personal como profesionalmente, y la analizan proporcionándonos nuevas claves para enfocar su lectura.

Éste es un lúcido y conmovedor homenaje al maestro de la fantasía por parte de dos generaciones de los mejores escritores de ciencia ficción y literatura fantástica, complementado con ilustraciones de John Howe, cuya recreación del universo de Tolkien ya forma parte del imaginario colectivo.



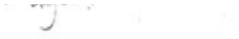


En recuerdo de Poul Anderson









PREFACIO

EL CAMINO CONTINÚA

Ahora se puede contar: yo viví con una elfo. En realidad, era mi compañera de habitación en la universidad. De hecho, su nombre de pila era perfecto, pero ella decidió hacerse llamar «Arwen Estrella de la Tarde» y ese nombre puso en el marco de la puerta de nuestra habitación. Su novio era «Trancos», por supuesto. A pesar de su apodo, prefería las carreras de coches a caminar.

No fui tan amable con ella —o con él— como debería haber sido. Tal vez les tenía manía a los elfos. Pero lo cierto era que no quería vivir con una elfo, sobre todo si se ponía a escribir cartas de admiración a Jerry Garcia a las dos de la madrugada con mi máquina de escribir.

Entendedme, no es que tuviera nada en contra de J.R.R. Tolkien. Eso fue aproximadamente hace treinta años y yo había leído *El Señor de los Anillos*, claro. Era prácticamente un rito.

Tolkien me sorprendió. No había esperado que me gustaran los libros. ¿Hobbits? ¿Magos? No obstante, el poder de su narración llegó hasta mí, me atrapó y ya no me soltó. Era un poco preocupante. Allí estaba yo, una sofisticada es-

tudiante de segundo curso de instituto, leyendo los mismos libros que esos despreciables estudiantinos de primero.

Y sí, sentí la magia. Odiaba a Sauron. Gollum me inspiraba repugnancia. Tengo que admitir que Bilbo me gustaba más que Frodo, y que Sam me ponía de los nervios con tanta lealtad inquebrantable. Con los elfos lo pasé aún peor (véase «manía a los elfos», página anterior). Probablemente fuera algo mayor y tuviera demasiadas hormonas activadas para caer completamente bajo el hechizo de los hobbits. Pero me gustaron los libros.

Es posible que me hubieran gustado aún más de haber establecido la interesante relación entre los elfos «guays» y el señor Spock, tal como hizo Esther Friesner (para más detalles véase su ensayo). Hablando de extraños «cruces en el campo», ¿alguien recuerda haber visto a Leonard Nimoy — en un televisor en blanco y negro, por supuesto— canturreando en un tono de barítono apenas un poco más profundo y uniforme que el de Cher la letra de la canción de «Bilbo Bolsón»? Me acuerdo de un fragmento sobre «el más valiente de los hobbits...». Era una melodía absurda, y me sentí avergonzada al ver un icono sagrado de la ciencia ficción hacer este inesperado cambio de género. Pero ahí, para cualquiera que tuviera oído, con orejas puntiagudas o no, estaba la siempre poderosa influencia de J.R.R. Tolkien infiltrándose en un nuevo aspecto de la cultura pop.

¿Recordáis la parodia de Harvard Lampoon, *Bored of the Rings*? Esa parodia amable y mordaz de los héroes y villanos de Tolkien. Si me lo permitís, citaré con mucho gusto dos líneas absurdas que se encuentran entre mis favoritas:

«—¡Ay! —gritó Legolam—. ¡Un dicciosaurio!

»—¡Herir! —rugió el monstruo—. Mutilar, destrozor, aplastar. Véase DAÑAR».

Tendréis que admitir que el material básico tiene que ser muy bueno para que incluso la parodia continúe recordándose después de tantos años.

Luego terminé el instituto y me olvidé de los hobbits e incluso de *Star Trek*. Imaginaos, pues, mi sorpresa —y consternación— cuando conocí a «Arwen». Era guapa, bastante etérea, de voz melodiosa y cabellos largos y claros. Ahora que lo pienso, podía pasar por una elfo. (Nunca comprobé cómo tenía las orejas, tampoco las de «Trancos»).

Apenas veinte años después, el karma latente me ha dado la oportunidad de reparar mi crueldad con los elfos y los demás seres significativos dirigiendo esta colección de reflexiones sobre ese creativo trovador élfico, J.R.R. Tolkien, y la entidad que es *El Señor de los Anillos*.

Además de ocasionarme un dilema con una compañera de habitación en la universidad, Tolkien marcó el ritmo literario de mis años de lectura experimental, aproximadamente entre 1968 y 1978. Si a uno le gustaban la ciencia ficción y la fantasía —y a mí me gustaban—, *El Señor de los Anillos* era una lectura obligada.

Con la súbita disponibilidad de ediciones de bolsillo de *El Señor de los Anillos* a finales de los años sesenta, la demanda de ciencia ficción alcanzó proporciones avasalladoras. La editorial que lo había publicado con tapa dura se había negado a sacar los libros en edición de bajo precio, pero en cuanto se levantó la prohibición miles de lectores corrieron a las librerías, compraron la trilogía y pidieron más. El hambre de ciencia ficción, una vez despertada, fue —y sigue siendo— insaciable.

Los editores no tardaron en darse cuenta. Ellos también corrieron, en busca de escritores que escribieran trilogías imitadoras. Pronto las librerías se vieron inundadas de enormes historias de aire hobbit, que se vendían en cantidades igualmente asombrosas. La subida de la marea empezó a reflotar otros barcos más viejos, como las novelas de Conan de Robert E. Howard, antaño un fenómeno de culto, ahora un nuevo fenómeno literario. Para su eterna buena reputación, Ballantine Books, que había publicado a Tolkien en edición de bolsillo, sacó a la luz la serie Adult Fantasy, diri-

gida por Lin Carter, que puso las obras fantásticas clásicas de James Branch Cabell, Lord Dunsany, E. R. Eddison y Mervyn Peake al alcance de los lectores modernos.

Una industria subsidiaria de Tolkien brotó como si fuera una seta en un tronco podrido: calendarios, cartas de tarot, juegos, libros de ilustraciones, pósters, cintas de audio, mapas, películas. Pronto pareció que todo el mundo quería participar e improvisar con el maestro.

El impulso sigue. Si se mira la lista de libros más vendidos del *New York Times* en cualquier semana de cualquier mes de los últimos dos años, seguramente se encontrará al menos un libro de fantasía, la mayoría de las veces entre los cinco primeros. Muchos lectores y críticos han identificado a Harry Potter como el descendiente directo de la línea literaria de Tolkien.

Los lectores querían más, y lo tuvieron. Para algunos de ellos la fantasía no sólo se convirtió en una obsesión, sino también en un estilo de vida. Para otros se convirtió en un modo de vida, a medida que los lectores se transformaban en escritores. Algunos empezaron a improvisar basándose en los ritmos y los temas de Tolkien. Y algunos siguieron escribiendo sus propias sinfonías fantásticas.

De hecho, muchos escritores han dejado su propia huella en la literatura fantástica con historias profundas, punzantes e incluso divertidas. Por citar sólo una muestra de entre los colaboradores de este libro, tomad la serie de *Terramar* de Ursula K. Le Guin, las historias del *Mundodisco* de Terry Pratchett, los libros de *Riftwar* de Raymond E. Feist y las leyendas de *Alvin el Hacedor* de Orson Scott Card. Cada uno de estos escritores se ha ganado un gran grupo de admiradores por su obra.

En las décadas transcurridas desde que *El Señor de los Anillos* fuera publicado en edición de bolsillo para el mercado de masas por primera vez, hemos visto algunas interpretaciones extraordinarias, algunas improvisaciones y solos impresionantes; pero independientemente de lo pro-

gresista o decadente que sea la melodía, lo cierto es que, si escuchamos con atención, aún se puede oír a J.R.R. Tolkien, marcando el ritmo de la literatura fantástica.

La irresistible formulación del relato de Tolkien se basa en los mitos y las leyendas heroicas, y está marcada por su instinto inconfundible para el lenguaje y la poesía. Él no inventó los temas, pero los unió en una historia sin imperfecciones de tanto hechizo y poder que ahora, muchos años después, nos hemos reunido para rendirle homenaje.

Una señal del poder de las dotes narrativas de Tolkien es el hecho de que en estas páginas haya tantos escritores enamorados de su obra y dispuestos a comentarla. Los ensayos que aquí nos ofrecen los maestros de la literatura fantástica son reflexiones literarias sobre J.R.R. Tolkien y su influencia en ellos como escritores, como lectores y en el campo de la literatura fantástica en su conjunto. Los comentarios son muy variados y maravillosos. Hallaréis recuerdos afectuosos, revelaciones asombrosas, análisis fascinantes y sentimientos enternecedores.

George R. R. Martin habla sobre lo que caracteriza a la fantasía épica, es decir, la fantasía tolkienesca. Ursula K. Le Guin nos acerca a la técnica del maestro con un irresistible análisis del ritmo de las palabras de Tolkien. Terry Pratchett comenta la transformación de un libro de culto en un fenómeno editorial. Raymond Feist esboza la aparición de la novela de fantasía moderna y su propio descubrimiento de la literatura fantástica. Poul Anderson recrea el mundo perdido de la década de los cincuenta y el impacto de la obra de Tolkien en la época de la Guerra Fría. Diane Duane recuerda el larguísimo domingo —y lunes— de su adolescencia que pasó esperando el momento para comprar el último libro de la trilogía. Los hermanos Hildebrandt revisan la necesidad de «cortar» las cejas de Gandalf. Terri Windling se centra en los usos metafóricos y terapéuticos de la fantasía. Charles de Lint comparte su descubrimiento de que la magia prometía una relación más profunda con el mundo

real. Esther Friesner revela por primera vez la insospechada relación entre *El Señor de los Anillos* y *Star Trek*. Harry Turtledove explica por qué Tolkien tuvo consecuencias funestas para su carrera académica pero buenas para su futuro literario. Robin Hobb nos lleva a un almacén de conservación de carne en Alaska, donde se adentró en el mundo de Tolkien por primera vez y como consecuencia de ello supo qué dirección tomaría su propia vida. Lisa Goldstein reflexiona sobre los cambios en el ámbito de la fantasía sucedidos cuando otros bardos retomaron la canción de Tolkien. Michael Swanwick retorna a la magia de los libros de Tolkien leyéndolos en voz alta a su hijo pequeño. Además de estas reflexiones de escritores de fantasía, presentamos una visión de conjunto de la obra de Tolkien y la recepción de los críticos escrita por el tolkienista Douglas A. Anderson.

La idea es que, independientemente del escritor/lector y su respuesta, Tolkien conmovió y cambió a todos, y también cambió la literatura fantástica. Si escucháis con atención, aún ahora podéis oírlo, débilmente, en el fondo. Es el ritmo que ha sonado en un género literario entero, tanto en quienes lo leen como en quienes lo escriben, durante más de treinta años. Venid y uníos a la danza.

Karen Haber

P. S.: Quizás os preguntéis qué pasó con «Arwen»; lo único que puedo deciros es que no regresó para el segundo año. Admito que tengo una punzada de remordimiento al respecto, aunque no creo que ella fuera la persona más adecuada para aquella específica institución educativa. No obstante, la verdad es que yo debería haber sido más amable. En lugar de eso, en cuanto pude, cambié de compañera de habitación y me pasé la segunda mitad del primer curso durmiendo junto a una tía a quien le gustaba leer novelas de misterio y que tenía un novio que me recordaba a Go-

llum. Por supuesto, yo salía con alguien que, visto retrospectivamente, podría haber pasado por un Balrog, pero ésa es otra historia...